

“Metales pesados” de Cristian J.R.

Gracias a Dios que la moda de fumar ya ha expirado y ahora solamente quedan leves retazos de lo que era antes, aunque claro, comparado con el San Francisco de los años 70 cualquier cosa se va a quedar corta. Ahora la gente no quiere comer atún porque están llenos de metales pesados, no comen carne porque los animales son maltratados y no fuman porque... no sé por qué será. De todas formas no eligió estudiar sociología así que tampoco se paraba a analizar detenidamente los comportamientos de la sociedad, solo le interesaba saber esos pequeños detalles como el de poder levantarte para ir a fumar en medio de una cena de empresa y que nadie te acompañe porque esta generación es... , ¿más sana? Ella tampoco estaba segura de cuándo empezó a fumar, ni cuándo se comenzó a diferenciar entre géneros binarios o no binarios, ni cuándo se comenzó a utilizar el "e" para referirse al género neutro. Todas esas cosas le importaban bien poco, para ella todo eso era como si hubiese estado viviendo en una caja durante veinticinco años y al salir todo a su alrededor hubiera cambiado. La única razón por la que comenzó a darle a los cigarrillos era para eso, para escaquearse de vez en cuando, si lo hubiese podido hacer dejando de comer atún o cambiando su género, no le hubiese importado absolutamente nada hacerlo. Pero no, desde luego ninguna de esas cosas le iba a brindar el espacio vital que demandaba. Una vez lo intentó en una mariscada: “lo siento, no puedo ir porque esos animales están llenos de metales pesados que son perjudiciales para la salud”, dijo con un tono de desilusión que había ensayado la noche anterior decenas de veces. Y ni aún con estas logró librarse, resultó que un compañero de trabajo era todo un experto en esos asuntos, y comenzó a darle le chapa sobre infinitas cosas sobre la alimentación. El tipo no comía carne, pescado, animales que hayan sido expuestos a cualquier tipo de contaminación, alimentos transgénicos, animales de criadero... Estuvo más de una hora hablándole de mil cosas que comenzaron importándole bien poco y al final acabó con dudas existencialistas sobre su propia persona. ¿Qué comemos exactamente? ¿El capitalismo está acabando con la salud? ¿Alimentación humana o derechos de los animales? ¿Realmente sabemos lo que comemos? Tras haber estado un tiempo dándole vueltas a todos esos asuntos llegó a la conclusión de que cada vez que él le hablara se iría a Tombuctú, el lugar donde incluso los animales trascienden al morir, no se podía imaginar cómo debía ser hablar con Mister Bones. Si no recuerda mal también fue en aquel momento cuando tomó la decisión de comenzar a fumar. Sí, es verdad, fue para poder librarse de él.

—Perdona que te interrumpa, ¿fumas? Es que me está entrando un mono...

El tipo puso una cara de disgusto que avecinaba otra hora de perorata sobre por qué el tabaco iba a acabar con el estado del bienestar.

—No, pero...

—Bueno, pues voy a bajar un rato a fumar y luego subo —interrumpió la conversación tácitamente.

Desde luego funcionó, quizá todavía sufre un poco de remordimiento por haber usado esa maniobra vil, pero sin duda era mucho mejor que ignorarle cuando hablaba.

En fin... Al final ha acabado acudiendo a la mariscada, mira el plato un poco desconcertada y no sabe ni siquiera por dónde empezar. Entre compañeros de trabajo que le hablan de cosas que le importan más bien poco y la necesidad de estar al lado de su jefa constantemente (para evidentemente ganar puntos dentro de ese gran juego de tronos que es una empresa), se siente embutida en esa silla. Y hablando de embutidos, también siente un poco de resentimiento por los cánones de belleza social y todas esas tonterías necesarias. Cada día que va a trabajar maldice a quienes establecieron que formalidad es vestir un traje. Como si perteneciera a una especie de religión creada por ella misma, nada más poner un pie en el umbral de la puerta de su apartamento, suspira mientras dirige sus pupilas hacia el techo y los maldice, a los zapatos de tacón, las americanas, los bolsos de marca, **TODO**. También se maldice a sí misma porque ella estudió informática, no administración de jefes que les gusta dar por el culo. Vuelve al plato que se presenta, muerto, frente a ella y hay algo que no acaba de convencerla, falta o sobra algo, ese gambón no debería estar ahí tirado con mirada inerte encima de un trozo de porcelana. Se levanta metiendo la mano en el bolso para hacer ver que va a fumar, algunos le dirigen unas miradas discretas que ignora completamente. El restaurante está abarrotado de gente embutida, algo propio de esas fechas. Parece que los metales pesados no les van a quitar el sueño esa noche. Quizá sí que lo haga el hecho de haberse pasado tomando alcohol, pero la comida

desde luego no. Saca un cigarrillo del paquete, lo enciende y se lo coloca en la boca. Le resulta curiosa la imagen de la cajetilla con los pulmones demacrados y toda esa parafernalia. ¿Por qué el atún no viene con una etiqueta de “cuidado, contiene metales pesados perjudiciales para tu salud”. Esa noche va a soñar con peces, desde luego.

Rebusca entre los bolsillos y el bolso el mechero pero no consigue encontrarlo. La probabilidad de que alguno de sus compañeros tenga un mechero es ínfima, y la probabilidad de que aun teniéndolo lo reconozcan delante de los demás es todavía más baja. Baraja la posibilidad de preguntarle a alguien, pero por alguna extraña razón no encuentra el momento perfecto. De noche la calle está tremendamente transitada, sobre todo de gente joven que va de fiesta con su grupo de amigos y otros tantos tontos trajeados que van a cenas de empresa. Por no tener ganas de intimidar a unos o mantener una conversación insulsa con otros, al final se sienta en un escaloncito de un portal y escucha música. De todas formas con el bullicio de la calle tampoco es que pueda escuchar demasiado bien, así que simplemente elige algo aleatorio de la lista de reproducción y apoya la cabeza contra la pared. Al comienzo al sentarse le da miedo de que pueda mancharse la falda, pero de todas formas no es su culpa si alguien decide mirarle el trasero, todo en esta vida tiene un precio a pagar.

Silbidos, bullicio, transeúntes, el claxon de una moto. Una pareja de instituto que corre por la calle y empujan a una señora a la que le cae un vaso de cerveza encima. Vecinos molestos por el ruido que lanzan agua desde una ventana mientras un grupo de chavales probablemente menores de edad se ríen y festejan el fenómeno como si estuviesen en un festival de música. Sacan fotos de lo ocurrido y el flash le da directamente en la cara. Aun así no puede evitar sentirse somnolienta, como si todo el ruido formara parte de la misma sinfonía. Probablemente algún músico experimental haya pensado lo mismo, o no... quién sabe. Los ojos se le cierran intermitentemente. Vaya, nunca había llegado a imaginar que se podía estar tan relajada en la multitud. Quizá sea por las copas de vino blanco que ha tomado.

Abre los ojos sobresaltada por un calor que notaba en la cara y una luz anaranjada que se colaba a través de sus párpados. Un Zippo, sin duda, ese olor a gasolina metalizada es inconfundible. Debido a la sorpresa el cigarro se le cae de la boca, pero la persona que le está ofreciendo fuego lo agarra en el aire. Está sentada de cuclillas enfrente de ella. Lo coloca entre los dedos pulgar e índice y se lo lleva a la boca, pero inevitablemente choca contra un... ¿cristal? Hasta ahora solamente había visto sus pies, finos y muy blancos dentro de unos zapatitos negros con un poquito de tacón. Qué piel tan blanca, y no solo en sus pies, conforme subía la vista por sus piernas seguía siendo igual. En sus rodillas descansa la falda de un vestido azul marino cuya tela se vuelve un poco transparente sobre los hombros. Su mirada se detiene al llegar a su cuello, lleva algo extraño en la cabeza, una especie de casco con una pantalla de cristal con luces. Emite un sonido extraño, como si dentro alguien estuviese respirando fuertemente. Da la sensación de que el metal es ligero y suave, aunque está fuertemente adherido a su cabeza. En la parte superior hay unos orificios puntiagudos. Ella intenta retroceder, pero pronto choca contra la puerta, aun así sigue rehuyendo. La figura del casco comienza a gesticular y a mover la cabeza, al ver su cara de espanto comienza a señalar la zona donde supuestamente debería de tener las orejas. Al ver que la está asustando aprieta un botón que se encuentra en la nuca y el casco, tras hacer un sonido mecánico hueco, se *desadhiere* del cuello. Tira de él hacia arriba y mueve la cabeza hacia los lados esparciendo su melena negra azabache. Lo que en un primer momento era miedo se ha convertido en curiosidad, relaja los hombros y observa a la ciborg (así le llama en su mente) ladeando la cabeza. Hay algo reminiscente en esos ojos negros y esa piel tan blanca que provocan un contraste tan absurdo.

—Yo a ti te conozco.

—Vale, por lo que veo no me podías escuchar, ¿verdad? —al no recibir una respuesta decide continuar —. Este trasto no funciona bien en este país, no sé si será por los satélites o qué se yo, pero está haciendo cosas rarísimas.

—¿Cómo?

—El casco —dice mientras lo agita entre las manos —. Por lo que veo en este país no lo soléis usar, ¿no?

Ese acento...

—¿Suki?

—¡Ring, ring, ring! Premio para la señorita dormilona. ¡Cuánto tiempo, pensaba que no me ibas a reconocer!

—¿Cómo demonios te iba a reconocer con el trasto ese?

Se levanta todavía un poco aturdida por el sueño. Ambas se encienden un cigarrillo y dan un paseo mientras hablan de varias cosas. Se paran en el primer bar que encuentran, piden ambas un bloody mary, como en los viejos tiempos.

—Tú vistiendo tan formal... ¿Se han alineado los planetas?

—No, más bien creo que se han desalineado. Todavía no me acabo de creer cómo he acabado así estudiando informática.

—Estoy impaciente por escuchar la historia.

Se aprieta las sienes con las manos. Natsuki la observa mientras sorbe la bebida por la pajita.

—Por más que me esfuerza creo que... No se me ocurre ninguna forma de hacer que la historia suene interesante.

—Vamos, hace cuánto, ¿siete años que no nos vemos? Creo que cualquier cosa que tú me digas va a resultar interesante.

Cree percibir en su cara una mueca de decepción que se borra al instante.

—Te voy a decepcionar, pero si insistes supongo que no me queda otra. A no ser que hayas cambiado probablemente sigas siendo una cabezota de cuidado.

Sus intentos por cambiar el tema de la conversación no surten ningún efecto. Natsuki se limita a sonreír y asentir con la cabeza.

—Me ha sorprendido que todavía te acuerdes de cómo me llamabas antes. Bueno, siendo sincera ni siquiera me imaginaba que todavía me recordaras.

—Ahora debido a mi trabajo acostumbro a tratar con muchos asiáticos, pero cuando era estudiante fuiste la primera... —Suki alarga la mano y sujeta suavemente de suya.

—¿Me ibas a contar una historia, no?

—Ya te lo he dicho, tampoco es para tanto. Cuando acabé la carrera encontré un trabajo en una empresa muy joven. Necesitaban software propio y mantenimiento, iba a ser duro debido a que debía montarlo todo desde cero, así que tuve que trabajar un montón. El cambio se dio cuando mi jefa vio lo dedicada que estaba siendo, me cogió confianza. Resulta que ella es malísima con los ordenadores, en serio, le cuesta hasta abrir el correo electrónico, así que ahora soy algo así como...

—¿Su cenicienta? —suelta con desdén.

—Yo iba a decir algo así como su mano derecha...

Se produce un silencio demasiado pesado. Suki retira su mano y mira hacia el techo, suspirando. Siempre hacía eso cuando estaba a punto de ponerse existencialista, cuando eran estudiantes le taladraba con miles de preguntas, sobre la existencia de Dios, la sexualidad, la muerte... A pesar de no darle muchas vueltas a esos temas siempre conseguía darle una respuesta que la dejara satisfecha. Suki siempre estaba leyendo, devoraba cualquier libro que encontrara, daba igual el autor, la época, el género... Con tener un libro entre las manos bastaba. La verdad es que siempre se cuestionó cómo lograba siquiera ser un estímulo intelectual para ella. Daniela no tocaba un libro a no ser que fuera un manual, no veía películas de Hitchcock, no se decantaba por el pensamiento de ningún filósofo, nunca iba a votar en las elecciones... No se considera idiota, de hecho siempre ha logrado estar por encima de la media, simplemente no le interesaba demasiado lo que ocurría a su alrededor, o en un área de quinientos años luz. Desde que la ha visto ha tenido una duda que procede de algún lugar extraño, la amistad un día simplemente se cortó, sin más. No habían discutido, no había habido ningún conflicto amoroso, no hubo un tercero malmetiendo..., simplemente se esfumó. Probablemente por esa razón tenga esa duda incrustada en su pecho, ¿qué ha podido ser de la vida de aquella persona tan excéntrica? ¿A qué conclusión había llegado después de hacerse tantas preguntas? Al ratio de pregunta/hora ya debe estar en el limbo del conocimiento, seguro que conoce todos los secretos de la alquimia y no le extrañaría que se hubiese convertido en medio robot. Eso sí, uno muy bien fabricado, porque la suavidad y el calor de sus caricias han sido muy reales.

—Parece que te haya decepcionado.

—¿Decepcionarme? Nunca he tenido ninguna expectativa sobre ti —dice con tono neutral.

Nota un pinchazo fuerte dentro de ella misma. En cualquier otra situación se habría marchado, pero sigue teniendo la duda de qué habrá sido de su vida. Tsuki llama al camarero.

—¿Vas a pedir algo?

—Lo mismo que tú.

Vuelve con dos whiskys con hielo.

—¿Qué hay de tí?

—Es una historia larga de contar —dice dándole vueltas a la copa. De repente parece tremendamente cansada.

—Creo que tengo tiempo.

—Primero quiero tomarme un par de copas. ¿Te molesta el silencio?

Contempla las copas como si estuviese maquinando algún plan. Parece que se esté inventado una historia que contar o quizá está buscando las palabras exactas. Aunque ella nunca ha sido de palabras exactas, más bien de divagar constantemente, hasta que el alcohol se lo impide, o hasta que suena el despertador. Le sorprende y de alguna forma le da un poco de lástima que haya cambiado de tal forma. Ahora sin el casco se fija bien en sus hombros casi desnudos, en su fina nuca, en sus ojos. Ahora lleva el pelo más corto y el flequillo hacia un lado. Debido a las gafas nunca había tenido la oportunidad de ver sus ojos tan atentamente, quizá también era porque nunca le miraba a la cara. Quizá su mirada ha cambiado, da la sensación de que está ocultándola algo, hasta que finalmente, tras tomar unas copas, sonrío, le mira a los ojos y comienza a hablar.

—Cuando acabé bachillerato entré en una universidad. Era un grado de idiomas o no sé qué historias, pero como no me convencía me fui a Francia. Ya sabes que siempre he tenido facilidades con los idiomas ya que nací sabiendo japonés e inglés. En Francia estudié filología francesa y una vez acabé me fui a Alemania con una beca. Por h o por b finalmente acabé aprendiendo algunos idiomas más. Ahora trabajo como intérprete para una empresa internacional.

—¿Y el casco? No me digas que ahora te gusta disfrazarte.

—No, qué va, en realidad...

Cortando la frase a mitad se levanta, posa su mano sobre el hombro de Daniela y le hace una mueca para que le siga. Van un poco más al fondo del bar, se sientan en un sofá empotrado en una esquina. Vuelve a llamar al camarero y le pide algo, lo mismo, whisky con hielo.

—Por lo que veo ahora bebes más.

—Que yo recuerde tú ni siquiera bebías.

—Son las cosas que tiene el trabajar en una empresa...

—Como te iba contando, lo del casco es algo que utilizo para ya sabes, evitar la contaminación, enfermedades y todas esas cosas.

—¿En serio?

—Claro, ten en cuenta que estoy viajando constantemente por todo el globo. Si cojo alguna enfermedad extraña estoy jodida. En serio, lo pone en mi contrato. Aunque me extraña que te sorprenda, en algunos países como China se utiliza mucho.

—Ya sabes cómo soy...

—No, te equivocas, no sé cómo eres, sé cómo eras.

Desplaza un poco su cuerpo, lo suficiente para que el de ambas estén en contacto. Daniela se tensa, ella acaricia su pierna, apoya la cabeza sobre su hombro y continúa hablando.

—Háblame más sobre ti.

—No sé, no se me ocurre nada.
—Vamos, algo debe haber...
—¿Sabías que las gambas contienen metales pesados?

Tsuki separa la cabeza de su hombro y por un momento le mira fijamente. Al comprobar que lo dice totalmente serio comienza a reírse descontroladamente. Le contagia la risa.

—¡En serio! No has cambiado nada.

Le acaricia la nuca, se acerca a ella y le besa en los labios. Al comienzo se encuentra tensa y desconcertada, pero las caricias sobre su espalda consiguen que se relaje. No podía evitar pensar por qué alguien que lleva un casco para protegerse de la contaminación luego fuma y se toma tantas copas como quiere como si nada. Para qué quieres protegerte de las enfermedades si luego te besas de primeras con cualquiera. Pero los pensamientos se funden, se disipan. Primero se convierten en una masa oscura y finalmente se tornan totalmente líquidos. Al comienzo tiene las manos sobre el asiento del sofá, no sabe qué hacer con ellas. De hecho le hubiese gustado que desaparecieran por un instante, porque así no se habría visto tentada a palpar cada rincón de su cuerpo. Tsuki, siempre había sido delgada, era fácil encajar con su figura. Ahora se muere de ganas de acariciar su cuerpo, comienza a palpar cada rincón, al comienzo por curiosidad y después simplemente por deseo.

Cuando sus lenguas están entrelazadas Tsuki se separa repentinamente, no sin antes morder sus labios. Daniela vuelve a buscar su boca pero se encuentra con una sonrisa infranqueable y juguetona. Entonces comienza a acariciarle por debajo del vestido. Tsuki en un amago de gemido abre la boca y vuelve a besarle.

—No, aquí no. Ven.

Tsuki se levanta, se recoge el pelo rápidamente y se vuelve a colocar el casco. Al darle a un botón hace un ruido mecánico y se adhiere a su cuello. Paga la cuenta, toma la mano de su acompañante y comienza a andar.

Desde atrás parece que no haya cambiado demasiado. Tiene la misma forma de andar, ese lunarcito a un lado del cuello y unas orejas pequeñas debido a su origen asiático. Salen a una calle secundaria, saca una llave del bolso y desata un casco de una moto verde y grande, una Kawasaki Ninja de seiscientos, se lo tiende y se sube al asiento.

—¿No tienes nada que preguntar?
—¿Ya te he contado lo de las gambas?
—Me temo que sí. ¿Tan importante es eso para ti?
—No, pero tu problema es que siempre lanzas una segunda pregunta sin haber encontrado la respuesta de la primera.
—No te preocupes, vamos a tener tiempo —pega su frente a la de Daniela—. Tú tienes todas mis respuestas.

Se coloca el casco y enciende el motor de la moto.